ENRIQUE DIEZ-CANEDO

ANTONIO MACHADO, POETA JAPONES

Como todo llega en este mundo, tenemos al fin, desde hace pocas semanas, un nuevo libro de Antonio Machado que poner junto al ya no muy reciente volumen de sus *Poesías completas*. En una hora podemos leer, sin gran prisa, estas *Nuevas canciones*, pero haríamos mal en leerlas en una hora. Los que así las han devorado no dejaron de sentir cierta desilusión. Era la misma poesía, ya sin secretos, toda de antemano revelada.

Conviene, pues, leer despacio. El buen vino viejo, no por muy conocido sabe mejor de un trago que a pequeños sorbos. Hay que dar lo suyo al paladar. Esta poesía de Antonio Machado concentra en zumo el calor de muchos soles y la ciencia de muchos días.

Las diversas partes del nuevo libro se ordenan fácilmente a continuación de otras análogas del volumen antiguo. Los propios subtítulos responden ahora a los de antaño: «Galerías», «Soledades», «Proverbios y cantares»... Sin embargo, el nuevo libro, en mi sentir, define más especialmente una característica de la poesía de Antonio Machado, y en este sentido me importa comentario aquí.

Al intentar en otro tiempo una filiación del poeta, parecíame ver en él un temperamento andaluz corregido por la austeridad castellana; un arte en que el concepto encendido se reviste de la suma sencillez. Decir temperamento andaluz, sin embargo, es decir muy poco. En el alma andaluza sentimos —descontando pulsaciones secundarias— a veces la gravedad y el vigor de Roma, otras la elegancia y plenitud del Renacimiento, y, no tantas como nos compla-

cemos en imaginarlo, la vaporosa imaginación y la sentenciosa exactitud de los árabes. ¿Podríamos distinguir todos estos elementos en las rimas de Antonio Machado? Quizá Roma y el Renacimiento se nos aparezcan en él tan fundidos como en aquellos traductores andaluces de Horacio que Menéndez Pelayo estudió profusamente. El elemento oriental surge en claro predominio: árabe, que, para ser puro, tiene además la corrección castellana. Casi nos atreveríamos a decir: mudéjar.

Y ahora, en las *Nuevas canciones*, la faceta oriental, simplificándose, vuelta más tenue, más descargada de materia, nos sugiere, en su apurada estilización, un abolengo extremo-oriental. Entendámonos: ya hay, en las poesías antiguas de Antonio Machado, momentos en que podría apoyarse lo que aquí se insinúa; y, por otra parte, en las poesías nuevas persisten los temas y modos que concretan el aspecto cardinal que antes, sin pretender más que una exactitud tangencial, llamábamos mudéjar. Pero ahora abundan más las sugestiones extremo-orientales:

A una japonesa
le dijo Sukan:
con la blanca luna
te abanicarás,
con la blanca luna
a orillas del mar.

Los investigadores de fuentes literarias tendrán que acudir a la antología japonesa para encontrar la de esta estrofilla, perteneciente a una de las canciones tituladas «Hacia tierra baja». En el libro de Revon, el más accesible en francés acerca de aquella literatura, está traducido así el «hai-kai», cuya reminiscencia se advierte en Machado:

A la lune, un manche
Si l'on appliquait, le bel
Eventail!

Todos saben la importancia y la moda del «hai-kai» en las más recientes evoluciones de la literatura europea. El epigrama compuesto de tres versos —uno de siete sílabas entre dos de cinco—, que iniciaron los poetas japoneses a fines del siglo XV y adquirió plena boga en el XVII, responde al espíritu de concentración de aquella poesía y reduce su hori-

zonte a una sola imagen, a un solo rasgo, en el cual prende el gusto extremo-oriental uno o varios sentidos.

El esquema silábico japonés responde exactamente a los tres versos finales de nuestra seguidilla:

La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Mas no es la sujeción a un esquema silábico lo que caracteriza el «hai-kai» occidental, ni en la semejanza de ciertos cantares o poesías de Antonio Machado con los cantos del Japón, lo es todo ese metro, tan propio, sin embargo, de los cantares andaluces.

Aquí los tres versos capturan una sensación con la perfecta economía radiante de la poesía japonesa:

Junto al agua negra.
Olor de mar y jazmines.
Noche malagueña.

En otra evocación, si los versos se extienden más, la sensación es asimismo patente: una delicada armonía invernal con un cielo, un árbol y unos pájaros que suscitarán al punto su equivalente gráfico en cuantos hayan visto estampas japonesas:

En el azul la banda
de unos pájaros negros
que chillan, aletean y se posan
en el álamo yerto.
... En el desnudo álamo,
las graves chovas, quietas y en silencio,
cual negras, frías notas
escritas en la pauta de febrero.

Lo repetimos: No todas las *Nuevas canciones* son así. Mas esta sencillez les da tono, y nos place señalarla, perseguirla entre las páginas del nuevo libro digno en todo de su autor, noble, certero, pleno a cada instante.

El Sol, Madrid, 20 de junio de 1924.